La Novela Sugestiva

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

37



50

GUSTAVO OCEJO
LAS COLEGIALAS

CTS

LAS COLEGIALAS

La Novela Sugestiva

LAS COLEGIALAS

por

GUSTAVO OCEJO

Ilustraciones de
ESTEBAN

37

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



ENSIONADO elegante. Alumnas deliciosas, gentilísimas, de familias burguesas y aristocráticas. (Letra picuda, mucho francés, algo de inglés, algún deporte, devociones, poca gramática castellana, y...—por lo que respecta a tal cual profesora y a bastantes discípulas—asaz gramática parda.)

Las pequeñas oscilaban entre los once y los doce años. Las medianas, entre los trece y los catorce, y las de quince y dieciséis constituían la sección de las veteranas: «las mayores», según las nombraban, con mezcla de admiración y de envidia, las pertenecientes a las otras dos secciones.

Fuera de las clases, cada una de estas tres grandes divisiones se subdividían—en el libre ejercicio de los juegos, de las amistades y de los recreos—en grupitos de cinco, cuatro, tres y hasta dos com-

pañeras. Estos últimos—las terribles parejas—eran algo nefando en el régimen aparentemente severo del pensionado. Se los perseguía a sangre y fuego, y si subsistía, empero, alguno que otro a la persecución, era a escondidas y en el emocionante y deleitoso ambiente de todo lo clandestino...

Sin embargo, se dejaba en plena libertad de reunión a los grupitos de más de dos alumnas. ¡Como si sólo entre dos colegialas pudiera colarse el demonio tentador!... ¡Había cada grupito trino, cuádruple, etc.!...

A veces, uno se siente también un poco demonio, ya que no tentador (¡ay, con lo que allí había que tentar!), y, lo mismo que el aprovechado enemigo, nos hemos colado de rondón en la semiclausura temporal del pensionado de la presente historia. Pero como no tenemos tiempo (ni disponemos aquí de espacio suficiente) de entrar en contacto con todos los diversos grupos de colegialitas, hemos tenido que resignarnos a elegir entre ellas, al azar. De nuestro conocimiento, en calidad de invisible testigo, de algunas de las pensionistas, queremos dar cuenta al curioso lector y a la curiosísima lectora. Esperamos que no se aburrirán, a juzgar por nuestra propia deleitosa distracción.



El amplio patio, con honores de jardín, del pensionado estaba como huerto florido en mes de mayo esta mañana otoñal, a la hora del recreo. Todas las secciones—mayores, medianas y pequeñas—se entregaban a diversos juegos y distracciones, llenando el aire de risas y alborozado griterío.

En un ángulo del claustro forman corro cinco criaturas encantadoras: Pili, Mary, Encarnita, Merche y Teresín, todas ellas pertenecientes al grupo de las mayores, lo cual, según queda dicho, significa que la edad de todas oscila entre las quince y las dieciséis fragantes primaveras. Y dicho se está que todas son preciosas, por aquello de que no hay quince años feos... Están en ese momento en que las esculturas de sus cuerpecitos no caben materialmente en los prietos y oscuros uniformes, que cuanto más quieren tapar, subiendo hasta las torneadas gargantas sus apretados cuellos y descendiendo hasta ceñir las muñecas con incómodos pu-

ños, más ponen de resalte las morbideces estallantes de las llenitas y duras carnes de las nenas.

Las cinco amiguitas cuchichean con mucho misterio, ajenas enteramente a las carreras y a los juegos de las demás colegialas, que corren y se persiguen, sofocadas, sudorosas, en escondites, marros y «rescatados», juegos acaso un tantico masculinos, pero que no se sabe por qué suelen cultivarse preferentemente en los recreos de los pensionados de niñas.

Seguras en su aislamiento y al margen del vocerío y del ajetreo del juego general, comentan con grandes aspavientos, risitas picarescas y significativos guiños la falta de María Rosa en el recreo. María Rosa es una de las mayores, como ellas, aunque no pertenece al grupito amistoso constituído por las cinco. Ellas saben por qué no está en aquel momento en el jardín: está castigada. Eso lo saben las cinco. Todas la han visto al pasar por la capilla hacia el patio, arrodillada ante el altarcito, sollozando. Antes de que se terminara la clase, la profesora había dicho a María Rosa que subiera al cuarto de la directora (y cuando esto sucedía, nada bueno podía presagiar la interesada), y luego, al salir las demás, ya estaba ella, como decimos, en la capilla, deshecha en lágrimas... ¿De dolor, de arrepentimiento, de rabia?... Eso es lo que no saben todas las del grupito murmurador, pero alguna se lo figura, y hay una—Merche: morenaza, casi cobriza, labios gordezuelos, ojos de fuego, leve bozo y dientes como rielar de luna—que sabe hasta el motivo de la gran reprimenda y del castigo.

—¿Qué es, Merche; por Dios, cuéntalo!

—¡Anda, Merchina, rica, no seas cruel!

—¡Cuenta, cuenta, preciosa!

—¿Por qué ha sido, por qué ha sido?

Todas, ávidas, quieren arrancarle a Merche aquel secreto. Y ella, que está rabiando por contarlo, se hace de rogar, dejándolas intrigarse y echar a volar la imaginación.

—¿No caéis?

Una de las medianas está observando hace rato aquel revuelo cuchicheante y anda alrededor de ellas disimulando, el oído alerta, la ansiedad palpitándole, oculta, dentro del pecho. Oyó, casualmente, al pasar, cómo Merche preguntaba a sus amigas: «¿Sabéis lo de María Rosa?», y ella—que ya estaba intrigadísima y, quién sabe por qué motivo, inquieta con aquellos sollozos de María Rosa, oídos al pasar frente a la puerta de la capilla—ya no se alejó del grupo de las cinco amiguitas, disimulando y dispuesta a no apartarse de allí hasta que no averiguase lo que Merche, sin duda, iba a referir.

Pero, ¡caramba!, qué pesadita se ponía, sin acabar de soltar prenda, y ¡cómo crecía en las otras cuatro la curiosidad! ¡Y en Rosarín—que así se llamaba la que andaba en acecho—no se diga!

—¿De veras no caéis?—había repetido la morena.

—¡Di de una vez!

—¡Suéltalo ya!—insistían todas.

—Pues el motivo ha sido—dijo por fin Merche con gran sigilo—que esta mañana, antes de clase, la señorita Exaltación pescó a María Rosa saliendo del retrete con una de las pequeñas...

—¡Me lo figuraba!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Como que ésa es la que les abre los ojos a todas las *peques!* ¡Lo mismo la pasó el curso pasado!

—¡Ah!, ¿sí?

—Por poco la expulsan.

—Pues a la tercera vez que la pesquen la mandan a casa...

—Ya procurará ella que no vuelvan a pescarla.

—Si puede. ¡Es más viciosa!

—¿Lo sabes tú?

—Como vosotras...

Todas se callaron. Rosarín no había escuchado las últimas frases. Apenas averiguó lo que la interesaba, se alejó, con el secreto aprendido, bien guardado en su pecho, del corro de las cinco mayores, y fué a mezclarse en los juegos de las medianas, las de su sección. Si bien sin poner en ellos la menor atención, dijérase preocupada, como si meditase algún proyecto trascendental...



MARÍA Rosa está deshecha en lágrimas, arrodillada ante el altar. Llora y llora, y tiene los hermosos ojos verdes irritados, cárdenos, y las mejillas pálidas, marfileñas, cruzadas de surcos húmedos. ¡Está preciosa en su desolación; palpitante, bajo el blusón de colegiala, el seno abultado, como si aleteasen las dos palomas apresadas de sus pechos!

Tiene que confesarse. Así se lo ha exigido la directora, después de haberla amenazado con la expulsión del colegio y de haberle advertido que aun no estaba segura de poder evitar el denunciar el hecho a sus papás. En el dolor de la viciosilla y lindísima educanda se mezclan opuestos y contradictorios sentimientos: de miedo, de vergüenza, de rabia, de orgullo, de desesperación y de contrición acaso...

Era buena en el fondo la fogosa chiquilla, hasta piadosa, y se disponía a confesar al señor capellán sus pecadillos, procurando arrepentirse de ellos; si bien allá en el fondo de su conciencia presentía que su propósito de enmienda sería vano, toda vez que su carne en flor precisaba constantes desahogos voluptuosos, y—encerradita en el colegio—ninguno la satisfacía más que el placer compartido, sobre todo si además de compartido llevaba en su agridulce regusto la sal y la pimienta de la iniciación... Ella comprendía que aquello no estaba bien y quería enmendarse; pero ¿podría? Lo que le aterraba era que la directora enterase a sus padres... Este terror era, sin duda, el motivo determinante de sus lágrimas y la razón primordial de su propósito de contener sus inclinaciones carnales en adelante...

Era muy pequeña, apenas once años, cuando cierto día descubrió en su casa escenas inolvidables de lésbico amor entre la institutriz alemana y una doncellita primorosa, de esas de opereta, con su cofia y su delantalito minúsculo. Temerosas las tríadas de que la niña las denunciase, determinaron «comprarla» con halagos y mimos, iniciándola así en la complicidad de sus clandestinos juegos apasionados. Las dos iniciadoras, a porfía, aleccionaron a la niña en los secretos del amor sáfico, y la chiquilla se envició pronto en aquellos placeres prohibidos.

Luego, en el colegio, se cambiaron las tornas,



La señorita exaltábase.

y de iniciada se trocó en iniciadora. Era algo superior a su voluntad, tan distanciado de la perversidad—puesto que no dejaba de padecer moralmente, llena de inquietud y de zozobra en su conciencia, reconociendo el daño que causaba—como alejado asimismo de la inconsciencia propia de los pocos años. Ella pecaba con pleno conocimiento de causa; ella sufría al no poder resistir al placer de la tentación; pero esa misma inquietud que le mordía el corazón cuando delinquía acrecentaba en mucho el refinado goce que experimentaba. Era casi un caso clínico, patológico...

El confesor era comprensivo, y cuando la pobre María Rosa, entre hipos y lágrimas, acababa de referir sus pecados, la amonestaba dulcemente, diciéndole:

—Pero, hijita, siempre lo mismo. ¿Cuándo te enmendarás?

Ella hacía entonces firme, sincero propósito de luchar con la flaqueza de la carne precoz y pecadora.

Pero...

* * *

Cuando Rosarín hubo meditado su plan, después de haberse enterado de lo que comentaban las cinco colegialas que ya hemos conocido, se escabulló del recreo, entró en la clase desierta, buscó un lápiz, arrancó una hoja de un cuadernito y

se fué al lugar más secreto y seguro del colegio. Estaba en un extremo del patio.

Tardó unos minutos en salir. Cuando reapareció entre las demás chiquillas, se hurgaba con el índice de la mano derecha en la bocamanga izquierda, donde había ocultado, muy plegadita, la hojita del cuaderno. En la que había escrito:

«Ya sé por qué te han castigado. No te apures. ¡Me ha dado una rabia!... Porque te quiero mucho, aunque tú no lo sepas; y eres tan guapa... Teniendo más cuidado no volverán a cogerte; yo soy muy calladita y no se lo diré a nadie. Si tú quieres, dime dónde y cuándo.—*Rosarín.*»

Cuando, por la tarde, volvieron a salir todas las secciones al recreo, María Rosa—ya perdonada por Dios, por el confesor y por la directora, que había vuelto a llamarla a su cuarto para sermonearla mucho más que el capellán—salió también con todas a jugar. Al principio, la circundaba como un halo la reticente curiosidad de todas, que la miraban y apenas le dirigían la palabra. Pero poco a poco los incidentes del juego fueron borrando el recuerdo del castigo y el runrún de su porqué, si no sabido puntualmente por casi ninguna, rodeado de cierto misterio; y al cabo de un rato, ya todas lo habían dado al olvido.

Se había organizado un gran partido de marro. Lo jugaban todas las mayores y gran parte de las medianas, para completar y equilibrar los bandos.

Cada uno de ellos, en fila, ocupaba todo un lado del patio. Rosarín jugaba enfrente de María Rosa.

Esta era de las más arriesgadas y veloces en la carrera, lo que la permitía acercarse valientemente a la fila contraria y escapar a la persecución de las cuatro o cinco enemigas que después de consentirla salían disparadas, como flechas, a apresarla. Casi nunca lo conseguían, pues María Rosa llegaba incólume a su terreno y raro era que, además, no le costase a alguna de sus perseguidoras el caer prisionera.

Rosarín, lo mismo que un guerrillero hábil, tenía perfectamente urdido su diabólico plan. Y quiso la fortuna que le resultase tal y como ella lo había calculado y previsto.

Procuró, cada vez que hacía una salida de la raya detrás de alguna niña del bando contrario, provocar la salida de María Rosa. Pero las primeras veces siempre salieron a la defensa de la niña perseguida por Rosarín otras compañeras suyas, en vez de aquélla. María Rosa se reservaba para salir a coger a las más peligrosas, ágiles y raudas en la carrera. Para Rosarín, más pequeña que casi todas las del bando de María Rosa, bastaba una cualquiera, y ella lo que quería es que fuese María Rosa la que saliese a capturarla. En cuanto veía salir a otra huía, sin exponerse, hacia su raya. Por fin, una de las veces en que casi llegó tras una niña al bando contrario, y estando ya a punto de tocarla, salió María Rosa a su defensa. Lo mismo fué observarlo Rosarín que retroceder, pero no con la rapidez que cuando eran otras niñas las que salían por ella, a fin de que María Rosa no desistiese, salvada su compañera, de perseguirla, sino ofreciéndole fácil ocasión de apresarla.

Todas pensaron: «Ya cayó Rosarín»; pero vieron, sorprendidas, que cuando ya la tenía segura la campeona, la pequeña, con un esfuerzo inaudito, que ponía alas en sus pies, ganó alguna distancia. El asombro de todas ante la emocionante persecución, pues María Rosa, picada en su amor propio de campeona, corría cuanto podía por darle alcance, las inmovilizó, sin que ninguna osase salir a defender a Rosarín. Las dos muchachas regateaban y sesgaban toda la amplitud del patio, jadeantes, raudas, veloces, las falditas flameantes, dejando aparecer, de vez en cuando, las rodillas, acaso un trocito de muslo tentador. De uno y otro bando salían gritos, animando cada uno a su heroína. Y en esto, cuando ya era inminente el apresamiento de Rosarín, se vió con asombro que ésta desaparecía por la puerta del huerto—contiguo al patio de recreo, y en el que no se permitía entrar a las colegialas—, que estaba entreabierta, seguida muy de cerca por María Rosa.

—¡Eso no vale! ¡Eso no vale! ¡Cogida! ¡Cogida!—gritaban todas las del lado de María Rosa.

Y las del bando de Rosarín callaban, comprendiendo que aunque—lo que no era verosímil—ésta pudiera escapar a la persecución de su enemiga,

la falta cometida saliendo de los límites del campo de juego la constituía en prisionera. Esperaban, pues, verla aparecer en calidad de tal, vencida por María Rosa.

¿Qué pasó, apenas traspuesta por Rosarín la puerta del huerto? Pues que se paró en seco, dejándose agarrar por su perseguidora, en cuya mano depositó, muy plegadita, aquella hojita de papel que llevaba prevenida en la manga.

María Rosa se quedó absorta y la dejó escapar. Y Rosarín apareció en el patio corriendo, sola, como si en realidad hubiese dejado muy atrás a María Rosa.

El asombro de todas fué enorme. Las de su bando comenzaron a palmotear y a vitorear a Rosarín, mientras que las de enfrente, tras el primer instante de estupor, prorrumpieron en protestas, conminándola a que se entregase, pues había faltado a las reglas del juego.

Ella las calmó, entregándose sin resistencia, y entonces fueron las suyas las que alzaron el grito, en espantosa algarabía.

En esto apareció María Rosa por la puerta del huerto, despacio e intensamente pálida.

Todas lo atribuyeron a la vergüenza de su derrota moral por aquella renacuajo de Rosarín. ¡Una de las medianas ganándole la carrera a la campeona!



CUANDO María Rosa se vió con aquel papelito plegado en la mano y oyó las palabras apremiantes, casi en voz baja y en tono suplicante, de Rosarín: «Toma, léelo», y la vió salir corriendo otra vez al patio, quedó tan sorprendida, que pasaron unos segundos sin que supiera qué hacer.

Lo desplegó con las uñas—los plieguecitos eran tales que el papel parecía una cintita—y lo leyó con dificultad, sin enterarse, por la emoción y la sorpresa, de la mayor parte de las palabras, pero dándose perfecta cuenta de su sentido. La palidez invadió su rostro, a pesar de la sofocación del juego, y se le heló el sudor que la bañaba. Sintió como un clavo que le punzara de pronto el corazón. ¡Dios mío! Ella, que había recibido a Dios aquella mañana; que había hecho un sincero acto de contrición a los pies del confesor, prometiéndo-

se no reincidir en aquellas picardías; ella, que, sinceramente corrida, abochornada ante la directora, había visto cernerse sobre sí la nube escandalosa de la expulsión del colegio, con el consiguiente terror del disgusto horrible que recibirían sus padres; ella, que, una vez perdonada y resuelta a luchar con los apetitos carnales, se había sentido tan feliz, quitado de encima aquel peso terrible del temor al escándalo..., tentada, a las pocas horas, por el demonio en forma del bello diablejo de Rosarín.

El primer impulso fué de afirmarse en su resolución heroica: «¡No! ¡No! Lo he prometido, me lo he prometido a mí misma; sería horrible, y esta vez sin esperanza de perdón, la reincidencia, si se descubría. ¡No, no!» Había que resistir, había que rezar para desechar la tentación del demonio.

Y cada vez que formulaba *in mente* este tópico: «tentación del demonio» y se le representaba Satanás disfrazado de colegiala y encarnado en el cuerpecito ya púber de Rosarín, sentía allá muy hondo, muy secreto—secreto casi para ella misma—, un vago y remoto deseo de sonreír.

Otras veces, cuando sentía el deseo de pecar contra el sexto mandamiento, ya aceptase o no la invitación del malo, no podía representarse a éste sugiriéndole el pecado sino en su forma consabida de ángel caído y monstruoso con su rabo y sus cuernecillos, soplándole al oído la gustosa sugestión. Porque ésta consistía siempre en que asumiese ella luego el papel de tentadora, en que fuese ella quien buscase y tentase y propusiera a otra el deleitoso juego del pecado. Pero ahora... Ahora era ella quien era requerida a pecar. Y lo era por Rosarín, aquella nena de catorce añitos bien granados. Era la monísima Rosarín, sonrosada, con ojos de cielo y sus dos gruesas trenzas rubias; esbeltita y airosa, de senos redondos, anchitos y duros, aplastados a duras penas por el prieto uniforme, y sus piernas de bonita forma bajo la media negra, enseñando las rodillas; era Rosarín la que venía a tentarla. Tentación del demonio..., sí; pero era un diablejo tan bonito...

María Rosa, como decíamos, apareció en el patio intensamente pálida... por la derrota—según todas creyeron—, por el despecho de su fracaso. Ninguna podía adivinar la lucha heroica en que la pobre y flaca pecadorcita buena—buena en el fondo de su alma, resuelta a resistir—se debatía.

Siguió el juego, que no pudo concluir porque a poco sonaba la campana llamando a clase a las colegialas.

Se formaron tres filas. Y cada sección se dirigió en silencio—hecho de pronto y sólo rasgado por el siseo isócrono de las pisadas en la guija del patio—a su clase respectiva.

Era estudio de gramática francesa. La profesora, sentada en alto pupitre, de frente a los pupitres bajos e individuales de las alumnas, las vigilaba. En el recinto reinaba el silencio, en el que silba-

ba el bisbiseo de las niñas, aprendiéndose en voz baja la conjugación francesa de los verbos irregulares...

María Rosa tenía abierto el libro, pero no veía las letras, absorta en sus pensamientos y en sus tribulaciones. Rosarín, el papelito, el demonio... El diablejo bonito, el papel escrito a lápiz, Rosarín... Tales conceptos, tales visiones, danzaban y daban vueltas por su frente...

Venían todas del juego sudorosas, sofocadas, rendidas. Por lo cual, muchas adoptaban involuntariamente posturas poco correctas, perezosas, de abandono y de cansancio. Unas se echaban de bruces sobre el pupitre, rodeando con los brazos, en que apoyaban todo el peso del busto, el libro. Otras buscaban para respaldo el pupitre de la compañera de detrás, y tenía estiradas y abiertas las piernas.

La profesora tenía que andar continuamente corrigiendo tales faltas de compostura y de decencia.

—¡Señorita Merche! ¿No le da a usted vergüenza esa postura indecorosa? ¡Le estoy viendo a usted los muslos! ¡Con lo grandullona que es ya podía tener más cuidado! ¡Bájese usted ese uniforme! ¡Junte usted esas piernas! ¡Siéntese como es debido!

María Rosa, oyendo tal reprimenda, aunque no veía a Merche, que estaba en la primera fila de pupitres, mientras que ella tenía su puesto en la última, se representaba, como si lo estuviera viendo, la postura que tan gráficamente describía—al corregirla—la profesora. Pero—¡oh poder de Satán!—en vez de ver a Merche—morenaza, ojos de fuego, leve bozo, muslos gordos y morenos, piernas gruesas—, a quien veía en aquella postura indecorosa, según la profesora, era a Rosarín, con sus ojos azules y sus trenzas gruesas y rubias combándose sobre el bulto del seno; con sus piernas de bonita forma, y la carne—rosa y nieve—de sus muslitos redondos...

¡Rosarín! ¿Cómo se le habría ocurrido aquella idea diabólica del papelito? ¿Desde cuándo habría sentido el deseo de *quererla*—en el *argot* del colegio se decía *quererse* a hacer picardías—, que ella, María Rosa, nunca había sospechado? Otras niñas le habían servido a María Rosa de incentivo a sus tentaciones de precoz viciosilla; pero Rosarín—a pesar de haberle parecido siempre muy bonita—*no había entrado en sus cálculos*... ¡El papelito! Emocionante idea la de escribirle aquel papelito... ¿Qué decía? Quería recordar las palabras y no le venía ni una a la memoria... Entonces le entró a María Rosa un deseo intensísimo de volver a leerlo... Para tranquilidad de su conciencia, quería engañarse diciéndose a sí misma: «Rómpelo; no hagas caso de ella; rómpelo; te puede comprometer; pueden cogértelo y comprometerla a ella también..., ¡pobrecilla! Anda, sácalo de la manga... para romperlo en pedacitos... Sí; es menester sacarlo..., sacarlo y leerlo..., •

romperlo sin leerlo... ; bueno, sácalo y, aunque lo leas, luego lo rompes ; así espantarás mejor la tentación que si lo guardas...» Con el dedo, introduciéndolo por el puño de la manga, lo tocaba allí plegadito... Miraba, recelosa, a la compañera de pupitre, no fuera a verla ; luego, a la profesora... Por fin, de un tironcillo, lo extrajo de la manga y lo metió rápidamente entre las páginas de la gramática francesa.

El desplegarlo poquito a poco, con una sola mano, introducida entre las hojas del libro, y estirarlo luego allí mismo, le llevó un gran rato, lleno de incertidumbres y de sustos, temiendo a cada paso que la sorprendieran. Cuando lo hubo conseguido, puso el libro entre las manos entreabiertas, haciendo que repasaba, de memoria, la lección, y de cuando en cuando bajaba los ojos... y leía. «... Porque te quiero mucho, aunque tú no lo sepas...» Y es verdad—se decía María Rosa— ; yo nada sospechaba...

Y esto la disculpaba un poco a sus ojos, porque comprendía que no era cierto, como llegó a pensar en las fatigas contritas de su confesión, que ella era la única culpable en el colegio de aquel vicio de inducción que la impulsaba a hacer a las demás niñas copartícipes de sus culpas. Acaso, lo mismo que a Rosarín, les pasaría a otras muchas... Tal vez ella no lo sabía, y todas, más o menos, sentirían las mismas tentaciones y deseos que ella sentía, y quién sabe si caerían en las mismas fal-



Dejándose agarrar por su perseguidora.

tas y flaquezas en que ella caía y hacía caer a sus compañeritas más queridas. La prueba es que de las cuatro o cinco con las que—durante los tres cursos que llevaba en el colegio—había hecho «cosas malas», ninguna la había fallado. Todas, unas más fácilmente que otras, habían caído, dejándose ganar por sus caricias... No se consideraba ya, en este momento, tan empedernida, tan excepcionalmente culpable como por la mañana...

Y seguía leyendo: «...¡Y eres tan guapa!» (Una interior sonrisilla de vanidosa satisfacción: ganas de tener un espejito a mano para mirarse. No lo tenía, y se contentó con pasear los ojos por sus senos, fuertemente acusada su separación, bajo el uniforme, y con sacar a un lado del banquito una pierna e inclinarse a mirársela.) Tenía unas piernas largas, finas, rectas, bien torneadas... Recordó, como si se mirase desnuda, el moñito gracioso, caracoleado, que ponía una mancha caoba bajo su vientre terso, levemente abultado y virginal; su rostro pálido, ojeroso, de grandes ojos verdes y profundos, rodeados de tupidas y negrísimas pestañas; sus labios finos, bien dibujados, un poco de vampiresa...; su nariz aguileña, su sonrisa ancha, de boca grande, y sus dientes blanquísimos, muy prietos e iguales; su crespa y rizosa melenita negra... «¡Eres tan guapa!», decía Rosarín... Ella sí que era bonita, tan angelical, tan sonrosadita, tan aniñada de rostro, si no fuera por los labios gordos, rojos, de guinda, siempre humedecidos,

y con aquellas trenzas tan gruesas, tan hermosas, tan suaves como dos madejas de oro... «¡Oh! —pensó en un ramalazo de lujuria María Rosa, la de los ojos verdes y las ojeras de gozadora—. ¡Qué rica debe ser la guinda azucarada de aquella boquita! ¡Qué placer acariciar aquella cara de muñeca, quererla, mimarla, besarla en los ojos de cielo, palpar su cuerpecito duro, sentir el tibio calorcito de su carne, de sus pechitos, de sus muslines; buscar con la punta de los dedos, introduciéndolos dificultosamente por la prieta pernera de sus pantaloncitos, el roce cosquilleante del vello, seguramente rubio, dorado y escaso, de su cosita! ¡Cómo será! Poquito, sí, sin duda... Acaba de cumplir los catorce años...» Otra vez, entreabriendo el libro, como si estudiase la lección, posó los ojos entre las páginas casi cerradas: «... Yo soy muy calladita... (deliciosa mosquita muerta..., ¡a lo mejor no es conmigo con la primera que...) y no se lo diré a nadie». ¡Qué ricura! «Teniendo más cuidado no volverán a cogerte...» Es verdad. Hay que tener mucho ojo. Yo siempre he sido demasiado confiada y descuidada. Si la otra vez no me hubiera entretenido tanto... Con cuidado y eligiendo bien el momento y el sitio... «Dime dónde y cuándo...»

¡Pero cómo decírselo! Ahora estaría doblemente vigilada. ¡Oh!, no. Había que rechazar la tentación. Por lo pronto, rompió en diminutos trozos el papelito; pero se lo sabía de memoria. Y lo

repetía mentalmente, como un *ritornello,* toda la tarde. Ardíale la sangre; de vez en cuando se le ponía un nudo en la garganta y tragaba dificultosamente la saliva.

Luchaba con su carne flaca, con su temperamento viciosillo, con su sangre de fuego, la pobre María Rosa. Sobre su corazón—práctica contra la tentación, aconsejada por el capellán—trazó disimuladamente con el dedo el signo de la cruz. Pero apartó en seguida la mano porque sintió, al tacto, el botoncito erecto del pezón...

¡Rosarín! ¡Tener que fingir con ella un desdén que no sentía, porque la verdad era que ya la adoraba! No; desdeñarla, no..., que acaso fuese contraproducente y peligroso, si ella daba en insistir, comprometiéndola... Era mejor disuadirla francamente, buscar la ocasión de decirle que no podía ser, que estaba muy vigilada, que no quería exponerla a un peligro común; que ella también la quería mucho y le gustaba muchísimo, pero que no quería exponerse ni volver a pecar...; que había que ser buenas... ¡Pero—se detenía a pensar—no probar el sabor de sus besitos! ¡Qué pena! Y, además, ¿cómo decirle todo esto? ¿Dónde y cuándo? Si nos vieran, también sospecharían... Lo mejor era imitar el procedimiento del papelito adoptado por ella. ¡Manos a la obra!

Pensaba escribir todo aquello.

Y empezó bien: «Rosarín, he leído el papelito. Estoy muy vigilada ahora. Me da miedo exponerte

a ti; si nos cogieran...» Pero siguió de este modo: «Claro que, como tú dices, teniendo cuidado..., y siendo tú muy calladita... Por mí, figúrate, nadie lo sabrá en el mundo. Tu papelito me ha emocionado mucho. Porque me gustas enormemente y te quiero. Eres un encanto y estoy enamorada de ti. Preciosidad. ¡Qué ganas tengo de acariciarte y de besarte en esa boquita de guinda y en todas partes. No sé cuándo podré darte este papelín. Y por eso no puedo tampoco decirte cuándo y en dónde podremos *querermos*. Si te le puedo dar antes de mañana, entonces fíjate en el recreo de mañana por la tarde, cuando yo vaya al «sitio»; allí te dejaré otro, y en cuanto me veas salir entras tú a recogerlo. Adiós, guapina. Mil besos de tu *María Rosa.*»



En la capilla, rezando el rosario antes de la cena, volvió a sentir María Rosa un gran remordimiento de sus culpas. Doce horas antes había estado llorando mucho, llena de sincero dolor, allí mismo, ante aquel mismo altar. ¡Qué día más largo! ¡Cuántas emociones distintas! Había prometido solemnemente no volver a pecar. Había hecho firme propósito de ser buena. Creía que tendría fuerza para resistir las tentaciones futuras. Y a las doce horas justas, al volver a pisar la capilla, traía allí, en la manga, aquel papelito que pensaba entregar a Rosarín... Pensó, por engañarse, que aun podía enmendarlo, diciéndole en el otro que le anunciaba que no, que no quería pecar. Más sencillo habría sido no entregarle el que estaba escrito, sino el otro que ahora pensaba entregarle después de éste. Pero... eso no lo quiso pensar...

En el comedor—no se acordaba ella que esta noche le correspondía el turno—le tocaba a ella servir. Cada noche y cada mediodía, una educanda servía a todas las demás. Vió el cielo abierto. Al servir a Rosarín, puesto que ella estaría alerta, esperando contestación a su papelito, bien podía encontrar manera de estregarle el suyo. Y así fué. La pícara Rosarín, verdadera mosquita muerta, con aquella cara angelical y aquellos ojos cándidos, cuando María Rosa se acercaba con la sopera, cogió juntos los dos platos, en vez de solo el sopero, y los alzó a la altura de la mano de María Rosa. Esta posaba la sopera en la mesa y servía la sopa con la mano derecha a cada alumna. Mientras tanto, con la izquierda, al coger los dos platos que levantaba Rosarín, introdujo entre ambos el plegadísimo papelito.

Una mirada honda, de abismo, se cruzó entre las dos vírgenes, consumidas de misterioso fuego interior...

Mientras en el larguísimo refectorio sólo se oía el sorber de las cucharadas y la lectura de otra colegiala, en un libro de vidas de santos, Rosarín extraía con dos deditos el papelito de entre los dos platos, guardándolo, por debajo de la mesa, en una de las medias, bajo la alta liga...

A la tarde siguiente, en el recreo, Rosarín, espiaba desde lejos todos los movimientos de María Rosa. Una y otra habían tardado mucho en dormirse la noche anterior, anticipando con la imagi-

nación, al ritmo isócrono y rápido de solitarias caricias, deliquios y arrebatos de caricias mutuas.

Rosarín, terminada la cena, entró en el lavabo y se encerró en él. Alzó su faldita corta y extrajo de debajo de la liga el papelito; lo leyó, lo estrujó muchas veces contra sus labios y luego, prevenida y cauta, la encantadora mosquita muerta lo rompió en pedacitos y lo hizo desaparecer.

...Sigue, repetimos, desde un rincón del patio, el ir y venir de María Rosa en el recreo. Por fin. Desde lejos se buscaron los ojos en mirada de inteligencia, y la nena de los ojos verdes y los dieciséis años, como vara florecida con dieciséis nardos perfumados, se dirigió a aquel «sitio» retirado y convenido. Pronto volvió a salir. Desde la puerta, detenida un instante, buscó con la mirada a Rosarín. Ya se acercaba. Sin decirse palabra, aquélla se alejó, agregándose al juego momentáneamente interrumpido, y ésta entró allí, de donde María Rosa acababa de salir...

Avida, recogió el papelito del suelo. Decía así:

«Amor mío: te adoro y no puedo pasar más tiempo sin decírtelo a besos y caricias. Lo he pensado mucho. Lo mejor es de noche. De madrugada. ¿Pero tendrás fuerza para esperar sin dormirte? Yo estoy segura de mí. A esas horas no hay vigilancia posible. Las profesoras duermen a pierna suelta, lo mismo que las niñas. Si te duermes, de todas maneras no te apures, con tal

que no te asustes al despertar. Yo lo haré dulcemente, de manera que abras los ojos sin sobresalto. Porque yo iré a ti... Tú aguárdame despierta o dormida. Amorín. Nos vamos a morir de querernos. Tu *María Rosa.*»

El largo dormitorio en penumbra, casi en tinieblas, en la alta noche. Una lamparilla bajo un Cristo en un extremo; y los blancos doseles de las cincuenta camitas blancas, apenas acusados en la oscuridad, como fantasmas.

Al extremo en que oscila y chisporrotea la lamparilla de aceite están las camas de «las mayores». Al otro extremo, en plena oscuridad, «las medianas». Las menores duermen en otra pieza.

Silencio absoluto de la madrugada. Sólo el isócrono respirar de las vírgenes hace el subrayado sordo y blando del chisporroteo de la lamparita.

María Rosa desliza fuera del lecho su larga pierna desnuda; se escurre sin miedo. Ya está en pie. El largo camisón la cae hasta los pies. Pisa con tiento, sin ruido, a grandes pasos lentos. Sus ojos verdes fosforecen en la oscuridad. La melena negra, hirsuta y en desorden. Atraviesa entre la doble fila de las camas la larga estancia. El lecho de Rosarín está casi al final, allá en la negrura del rincón oscuro...

¿Se ha dormido? Sí. Luchó con ansiedad, con miedo, palpitándole bajo el seno prodigioso su co-

razón, como un pájaro. Pero el sueño le ha rendido al fin.

La vampiresa de dieciséis abriles, ojos esmeraldinos, surcados de azulencas ojeras y palidez de luna y de nardo, se inclina sobre la rubia nena; una trenza de oro, gorda y sedosa, sobre el albo embozo; la otra perdida dentro de él. Transpira perfumado calorcito carnal. Tiene desabrochado el camisón a la altura del seno, y un pecho medio se adivina por la abertura. Sin duda dejó ella desabrochados aquellos botones y casi al aire los senos, que estaría acariciándose antes de dormirse.

No sabe la vampiresita cómo empezar a despertarla. Casi no la quisiera despertar. Y como las esmeraldas de sus ojos parece que tienen luz, a fuerza de contemplar el prodigio de la nena dormida, la ve, la ve como si realmente hubiese encendido una linterna sobre aquel sueño virginal y pecador.

Lo primero que toma entre sus manos es aquella gruesa trenza de oro, pesada y fragante. Y la besa, la huele, se acaricia con ella la cara, los ojos, los pechos, por encima del blanco camisón. Vuelve a posarla con cuidado sobre el embozo, e introduce después una mano trémula por aquella abertura ahuecada del desabrochado escote de la nena dormida. Palpa un pecho, duro, de piedra, que hubiese templado el sol del estío, ancho, grande: casi no lo abarca la mano larga y fina—y febril—de la vampiresita. Lo acaricia con amor, con

deleite, con refinado goce de sibarita. No, no desea que se despierte ahora la nena. Prefiere que sea así, dormida y como si la violase contra su voluntad. Ha abierto un poco más la camisa, dejando libre aquel seno de milagro, sobre el que posa con delectación la mejilla, la frente, los ojos, los labios... Y la nena sin despertar. ¡Oh, que no se despierte todavía!

Lenta, muy lentamente, levantando con una mano la trenza de oro, porque no pese sobre él, va retirando con la otra mano, poco a poco, el embozo... Va apareciendo el cuerpo, adivinada su gracia armónica dentro de la nítida túnica del camisón. La curva de la cadera y el camisón se riza, se arrolla allí como espuma de inmóvil oleaje. Un poquito más... El vientre, la carne—rosa y nieve—, carne de rosa, de rosa pálido, del vientre. La emoción hace temblar a María Rosa. El hoyuelo gracioso—huella de una perla—del ombligo... ¡La mano! ¡Una mano abandonada allí! En la divina confluencia de las ingles de marfil... Con infinito tiento cuidadoso, la mano de María Rosa coge la otra manita: la de la nena dormida, y apártala de allí, dándola, de paso, un beso. Quiere ver, quiere ver lo que la manita de flor ocultaba. Y se acerca, se acerca con las dos luces verdes de sus ojos allí... Inefable aroma; acre perfume de virgen. Avanza la mano. Las yemas de los dedos recorren el triángulo abultado, puro terciopelo. Lo sospechado: leve, fina, suave pe-

lusa de oro...; estuche de un beso apasionado, encendido como una brasa.

Entonces la nena se incorpora, tranquila, sin susto, pero como sin recordar. Un instante. La mira; mira en torno. Sonríe, abre los brazos, calientes de sueño, y enlaza la garganta de María Rosa. La atrae en silencio, la aprieta contra sí, mimosa, sin dejar de sonreír, en plena felicidad, tal que un niño abrazado al cuello de su madre. La besa en el cuello. Muchos besos seguidos, silenciosos...

Busca la otra los labios, los labios codiciados, la guinda dulce y pulposa de aquella boca de miel...

Caricias a lo largo de toda la escultura adolescente... Y la nena que, al deshacer el abrazo, deja un brazo pendiendo fuera del lecho y que tropieza con el cuerpo en pie (el busto inclinado sobre el otro busto) de María Rosa. Juguetona y pícara, la nena va alzando, sin que su sonrisa, casi infantil, la abandone, el lienzo blanco del largo camisón. María Rosa, al contacto tibio de aquella manita querida con su carne, se estremece toda, como con un escalofrío...

...En el lecho ya, tapaditas las dos, la una fué poseída en blando desbordamiento de húmedos espasmos; la otra se retorció como sarmiento encendido, con estertores crepitantes de delirio.

La caracola caoba raía el suave terciopelo de oro. Los senos separados, blancos, puntiagudos,

como magnolias, saltaban como si fueran de goma, bruscamente, sobre los senos tibios, anchos, pétreos y rosados. Y la boca ancha, voraz y fina se sorbía y paladeaba los labios gordezuelos, de guinda y de miel.

—¡Qué guapa, María Rosa! ¡Qué rico, qué rico!...

—¡Amorcito lindo; mi nena de las trenzas; dulce amor mío!...





UANDO María Rosa volvió a su lecho estaba desfallecida, vibrante y a la vez laxa toda su carne; doloridos sus músculos; profundas las ojeras cárdenas, correosa la piel y humedecida en la dura brega del amor...

Jamás había llegado en sus espasmos a un tan subido grado de estremecimientos delirantes. La candidez aparente de aquella nena angelical escondía la diabólica virtud de los más activos estimulantes eróticos. La divina mosquita muerta de Rosarín era toda una tríada hipersensible a los inefables goces del placer lésbico.

Las tres o cuatro horas que duró la batalla amorosa de las dos colegialas dieron lugar, entre asalto y asalto, a breves treguas o armisticios, durante los cuales enlazadas dulcemente las nenas, sustituían la acción por la palabra. Sin voz, y al

oído, se contaban respectivamente sus secretos, sus ejecutorias de amor, sus lances, sus anteriores conquistas.

María Rosa le refirió a Rosarín el suceso desgraciado que había dado lugar, dos días antes, a su castigo.

—La culpa fué mía, ¿sabes?, porque Amelita es de las más peques (a mí me encantan cuando todavía no están desarrolladas, por lo que ellas disfrutan y se pasman descubriendo en nosotras los pechos ya hechos y el vello crecido, que nos envidian); pero eso tiene siempre el peligro de su inexperiencia, que unas veces nos exponen a que se asusten y lo cuenten; otras, a que en su azoramiento descubran sin querer lo que acaba de ocurrirles. Y esto me pasó con Amelita. La mandé salir a ella delante, del retrete; vió a la señorita Casero, que pasaba por allí, y en lugar de seguir, tan fresca, como si nada, se azoró y se volvió a meter, para avisarme. Claro, la señorita lo notó; entró en sospechas, vino y nos cogió. Todavía yo pretendí disimular, diciendo que Amelita tenía un nudo en la cinta del pantalón y que me había pedido por favor que se lo desatara; y si ella lo hubiera corroborado, no hubiera sucedido nada; pero se asustó, se compungió, se echó a llorar y todo lo echó a perder. Dijo, contestando a las preguntas de la señorita Casero: «María Rosa me estaba enseñando una cosa con pelo que tiene entre las piernas...» ¡Figúrate! La señorita,

con los ojos fuera de las órbitas, sin decir una palabra, me clavó una mirada terrible, me levantó de un manotazo el vestido y se cercioró de que no llevaba pantalones. No me dijo una palabra y nos mandó a cada una a nuestra clase. Yo, aunque me eché a temblar, tenía la esperanza de que no diese parte a la directora, y que todo quedase reducido a una reprimenda suya; y quizá hubiera sido así; pero, por lo visto, cuando Amelita bajaba la escalera, todavía llorosa, se cruzó con la directora, y todo se puso en claro... ¡No quiero acordarme! Por eso hay que tener un cuidado extremoso. Sería horrible que nos sorprendieran.

—Conmigo no tengas cuidado. Mira: Yo *he querido* ya en el colegio a cuatro niñas (y dijo sus nombres), y nunca se ha sabido nada. Pero a ninguna como a ti. ¡Te tenía unas ganas! A mí me pasa al revés que a ti · prefiero a las mayores, y de ti yo sabía lo que te pasó con aquella colegiala del año pasado; sabía lo que te gusta *querer*, y estaba deseando que *nos quisiéramos*, porque eras la que más me gustaban de todo el colegio. No tengas cuidado, que por mí nunca sabrá nadie nada. Ya ves, a ti te he dicho los nombres de esas cuatro anteriores a ti, pero te juro que el tuyo no se lo diré a nadie. Tú tampoco el mío, ¿verdad? Porque nosotras vamos a ser ya para siempre como novias; ¿verdad, rica?

—¡Sí, amorín! Con ninguna he sentido yo tampoco lo que contigo... Ni tú ni yo vamos a querer

ya nunca a otras, ¿verdad? Tú para mí y yo para ti. Dime ahora cómo empezaste tú a *querer*.

—Fué en casa, con una tía mía, prima de mamá, solterona, pero muy guapa. Vivía en París, y el verano pasado lo pasó con nosotros en San Sebastián. Siempre me quiso mucho, y la pusieron a dormir en mi cuarto. En París, según me dijo, tenía una amiga con quien vive siempre; pero en casa, claro, no lo saben. Siempre, al desnudarse, se quedaba desnuda delante de mí y se perfumaba con unas esencias muy buenas; y antes de meterse en la cama me daba muchos besos y me arropaba, haciéndome caricias. Cada noche me hacía más caricias y me daba más besos, hasta que una noche me dijo: «¿Quieres que la tiíta te perfume a ti también?» Le dije que sí, y me empezó a echar perfumes con la palma de la mano por todo el cuerpo, por las retinas, por los muslos, y me iba diciendo: «¡Qué monada de cuerpecito; qué pechtos más preciosos; qué pelusita le empieza a salir aquí a mi Rosarín bonita!» Y cosas así. Otra noche estaba yo dormida y sentí que se metía en mi cama. Aunque me desperté, me hice la dormida, y ella empezó a hacerme cosas, ya puedes figurarte...; hasta que me obligó a ponerme encima de ella; abría los muslos y me colocaba entre ellos... Varias noches yo seguí haciéndome siempre la dormida cada vez que ella se metía, a media noche, en mi cama. Pero una vez, cuando me tenía entre sus brazos, aprisionada entre sus mus-

los, empezó a preguntarme muy bajito: «¿Te da gustín, amor mío?» Yo al principio no contesté; me daba vergüenza que supiera que estaba despierta. Pero tantas veces me repetía: «Dímelo, amorcito; dímelo, encanto, ¿te da mucho gustito?», que yo la contesté: «Mucho, sí». Y entonces pareció que se iba a volver loca de alegría, y desde entonces ya no disimulamos y me contó todos sus secretos y su vida de París. Cuando se fué en septiembre, yo me quedé tristísima; y al venir al colegio se lo conté a una riña, Esperanza Carrasco, que fué la primera a quien *quise* aquí.

—Esperanza y yo también nos *quisimos* el año pasado. Pero me enfadé con ella—dijo María Rosa

—Yo también Por ella supe yo lo tuyo.

—Y esa tía tuya, ¿es muy mayor?

—Sí. Más de cuarenta años. ¡Si vieras qué pechazos tiene! Y un lunar enorme. A ella le gustan, como a ti, muy peques. La amiguita de París (me enseñó un retrato de ella, desnuda) parece un chico Oye: ¿a ti te gustaría *querer* a un chico?

—¡Ay, no! ¡Qué horror!

—A mí tampoco. Pero a casi todas les gusta más. A Esperanza, muchísimo; me contó una de cosas que pasan en los cines...

—Sí. Por eso reñí con ella; porque me decía que le gustaba quererme, porque «a falta de pan —decía—, buenas son tortillas...» Y a mí me indignaba. ¿Cómo se va a comparar la carne velluda de un hombre con este cutis tuyo, como una flor; el pecho, como una tabla huesuda, con estas divinas tetinas tuyas; aquella cosa, que dicen que es imponente por su tamaño y su brutalidad al penetrarnos, con este nidito tuyo, suave y tibio y delicioso?...»

Y María Rosa, que acompañaba la acción a la palabra, iba acariciando todo aquello que nombraba, lo que servía de escaramuza para reanudar a seguida, una vez más, el ataque amoroso en que las dos compañeritas consumieron aquellas cuatro horas inolvidables de su primera noche de amor.



HABÍAN transcurrido tres o cuatro días desde la escena que acabamos de narrar, cuando una tarde, al salir las colegialas al recreo, la señorita Casero le dijo a María Rosa:

—Quédese usted un momento. Tengo que corregir algo en su cuaderno.

La señorita Casero daba clase de gramática castellana a las mayores, de tres a cuatro, antes del recreo de la tarde. El recreo duraba hasta las cinco. Y a esa hora sustituía en el pupitre de la profesora, a la señorita Casero, la señorita Morales, que era la que les daba clase de francés, aquella que se pasaba todo el tiempo del estudio gritando:

—¡Señorita Merche! ¡Bájese ese uniforme! ¡Le estoy viendo los muslos! ¡Junte usted esas piernas! ¡Siéntese bien!, etc.

La señorita Casero, por el contrario, casi nun-



Una pierna e inclinóse.

ca tenía por costumbre reñir a las alumnas, no siendo por su desaplicación. Por eso, porque tenía justa fama de benévola entre las niñas, pudo María Rosa, en el trance terrible en que la cogió *in fraganti* con Amelita, concebir la esperanza de que no diese parte a la directora, a pesar de la mirada severísima que le clavó cuando hubo de comprobar su *delito*. Y aun después de todo lo sucedido, María Rosa seguía opinando que, a no haberse cruzado la directora con Amelita, llorosa, en la escalera, la señorita Casero hubiera callado por evitarle el escándalo y el castigo.

Nada le había vuelto a decir después de aquel día. Y esta tarde, cuando la indicó que se quedase en clase, al salir las demás al recreo, María Rosa creyó de buena fe que era cierta la corrección de algún tema que querría hacerle en su cuaderno. Aquel día había estado repasando los de todas las niñas, y al finalizar la clase, cuando fué devolviendo a cada una el suyo, se quedó con el de María Rosa, y fué cuando le indicó a ésta que se quedase un momento.

Así que fueron saliendo todas las niñas, llamó a María Rosa, y después de enseñarle una falta trivial de ortografía que había cometido en el dictado, la dijo:

—Tengo que suplicar a usted, María Rosa, que me perdone...

—¿A mí, señorita Casero? ¿Que la perdone yo?

—Sí, hija. Por lo del otro día. Ha estado usted a pique de ser expulsada del Colegio por mí... Es decir, por mí no hubiera sabido nada la directora. Había pensado llamarla a usted aparte y hacerle mis reflexiones... Abrir los ojos a una de las pequeñas es un pecado grave, y además..., se expone una a lo que a usted le aconteció. Son criaturas inocentes, que no saben guardar un secretillo de esa naturaleza, que se pueden asustar y proporcionarle a usted y a su familia un disgusto grande... Esto pudo sucederle a usted. Yo hablé con la directora; procuré quitarle importancia a la cosa; me atreví a prometerla por usted que se arrepentiría y no volvería a cometer semejantes acciones. En fin, me costó bastante aplacar su indignación, porque, según me dijo, ya era usted reincidente (yo no estaba aquí, como usted sabe, el curso pasado, que parece ser tuvo usted otro percance parecido), y estaba resuelta a mandarla a usted a su casa.

—Muchísimas gracias, señorita Casero—la interrumpió María Rosa, sinceramente agradecida.

—No la he llamado a usted hasta hoy, porque he preferido dejar pasar unos días y que se fuera olvidando por sus compañeras de clase lo ocurrido (pues algo se traslució de todo ello, naturalmente), y temía que si se daban cuenta de esta entrevista nuestra, la sacasen punta y ello diera motivo a nuevos rumores mortificantes para usted. Pero ya hoy he decidido hablarla para darle a us-

ted esta explicación. Si no hubiera sido por el llanto de Amelita y por su encuentro con la directora, ésta nada hubiera sabido por mí, se lo repito. Me interesaba que usted lo supiese, pues no quiero que me guarde rencor.

—Lo había supuesto, señorita Casero. De todos modos, muchísimas gracias. Es usted muy buena.

—En adelante, procure tener cuidado. Deje usted tranquilas a las pequeñas, que son inocentes y no pueden sentir las desazones carnales que sentimos todas las mujeres. Tampoco pueden sentir el placer como nosotras... Hay que dejar que la naturaleza se manifieste a su tiempo; anticipar las sensaciones es algo que va contra natura. Es como empeñarse en que el almendro dé el fruto antes de que brote la flor. ¿No comprende? Yo me hago cargo de que ustedes, las mujercitas, sientan en su sangre adolescente, en su carne primaveral, impulsos que las induzcan al placer de los sentidos. Es ley de naturaleza, y bueno es reprimirse y procurar vencer las tentaciones, pero no somos santas; hay veces que sucumbimos al imperio de la naturaleza. Todas lo experimentamos. Por eso conviene no perder enteramente la cabeza; ¿me comprende usted, María Rosa? Ya que no nos sea dada la heroicidad de resistir, hay que procurar tomar las precauciones necesarias para evitar el escándalo y el riesgo. Elegir bien, entre las que puedan ser nuestras confidentes, aquella

que más garantías ofrezca por su edad, por su experiencia, por su talento (oh, el talento es necesario hasta para pecar) de no arrastrarnos a la vergüenza de un escándalo. A usted la he tenido siempre por una de las chicas más inteligentes del colegio; ¿cómo ha podido caer en ese riesgo evidente, de hacer cómplices de sus pecadillos a las nenas de la tercera sección? Tenga cuidado, hijita.

—Sí, señorita. No volverá a pasarme. Muchas, muchas gracias...

—Espere... Todavía no he concluído... Mire usted: no sé cómo interpretará usted lo que voy a decirla; pero es por su bien. Porque la he cogido mucho afecto y tenía sobre mi conciencia el remordimiento del perjuicio, aunque involuntario, que le he causado. Si puede usted mantenerse sin caer en nuevas tentaciones, eso saldrá ganando para con Dios; pero, hijita, si alguna vez la voz de la carne es tan poderosa que se sienta usted arrastrada a cualquier flaqueza y contacto con otro cuerpo..., entonces, mucho cuidado con la elección, ¿me entiende? Yo, si usted no se enoja, incluso estoy dispuesta a ayudarla si ese trance se le presentara. No dude usted en acudir a mí: yo sabría indicarle la ocasión..., la amiguita que a usted más le conviniera..., ¿comprende? Yo las quiero a ustedes mucho...; me hago cargo de todo..., sé lo que es la tentación, lo que es la naturaleza..., lo que sufrimos las mujeres solteras..., encerraditas aquí, sin el complemento fisiológico que re-

presenta el varón en las necesidades de la carne. ¿Para qué exponerse, encima, al peligro de una responsabilidad y de un disgusto, de un escándalo grave? ¿Me entiende usted, María Rosa?...

María Rosa, a la vez agradecida, emocionada, sorprendida y atónita, empezaba a comprender... Creía ella que había comprendido ya. Pero sólo había comprendido a medias.

La señorita Casero era un caso estupendo de buen sentido y comprensión, pero mezcladas en un grado inaudito de monstruosidad erótica. Porque lo que le estaba insinuando a la colegialita de los ojos verdes y la melena endrina no era lo que ésta (y cualquiera, en su caso) se imaginara. No era un caso de habilidad—y hasta de generosidad, si se quiere—en la conquista, para beneficiarse con el sabroso botín de lo conquistado; no. Cuando insinuaba que, llegado el trance de la claudicación al pecado, ella estaba dispuesta a ayudar a la pecadorcita, indicándola incluso la amiguita que mejor pudiera convenirle, no laboraba, como pudiera parecer, y como María Rosa se imaginaba ya, *pro domo sua,* en beneficio propio; no se trataba de una embozada promesa de la propia entrega, sino que hablaba textualmente, como acabó por comprender María Rosa, al oír las siguientes palabras de aquella bondadosísima y a la vez pervertida profesora:

—¿Lo hará usted así, María Rosa? ¿Se confiará usted a mí? Le repito que yo no tendría inconveniente en buscarle a usted una buena ocasión para desahogar sus irreprimibles ansias con alguna compañera suya de mi absoluta confianza, que, a la vez, necesitase de sus caricias de usted. ¿Se ha fijado usted, por casualidad, en Merche? Es poco más o menos de su misma edad; es una buena chica, muy callada, me consta, por propia conveniencia; es guapísima, como usted sabe. Tiene un cuerpazo hermoso y un temperamento de fuego. Es, además, de un bello contraste físico con usted, lo que suele hacer más gustosas estas intimidades. Usted es esbelta y fina, blanca y con esos ojazos como esmeraldas; ella es cobriza, casi como una gitana; muy llena y opulenta de formas, pero por su edad (se deformará pronto) está moldeada como una escultura. Sus pechos son enormes, pero duros y enhiestos, como de bronce; sus muslos son un portento de gruesos y bien formados; tiene unos rizos negros como el azabache, y toda ella sabe arder, en sus momentos de fiebre y de pasión, como una llama. ¡Qué hermosos combates de amor los que ustedes dos podrían librar! Yo no les exigiría sino una cosa, que ella ya sé que acepta de antemano, y que espero que usted no se negaría a otorgarme: que esos combates apasionados, que esos transportes de amor y de lujuria los presenciase yo... Así estarían ustedes seguras de que nada desagradable iba a sucederles, pues en mí tienen fe absoluta desde la directora a la última profesora, y

yo sé buscar coyunturas y apariencias que justifiquen el que las tres podamos encerrarnos durante toda una tarde en mi habitación, sin peligro alguno...

María Rosa no salía de su «apoteosis». Su asombro era enorme, y aquella seriedad con que la señorita Casero la estaba proponiendo, tan naturalmente, cosa tan estupenda, le parecía una pesadilla. La sorpresa no la dejaba... emocionarse; no se metía María Rosa «en situación», como se dice en el argot teatral.

La cínica profesora, experta y ducha en lances de este estilo, lo comprendía, y llegó a temer una repulsa. Por eso recurrió al argumento supremo:

—En fin, puede usted retirarse; deme un beso.

Y sin que a María Rosa la diese tiempo a nada, la enlazó bruscamente por la cintura, y aplastándola contra su seno mondo y lirondo, casi varonil, introdujo simultánea y bruscamente, con la rapidez de un relámpago, su lengua entre los labios finos de la niña y su mano expertísima en las tibias intimidades de la virgen, sofaldándola habilísimamente. Durante unos breves segundos, lengua y dedos bucearon cada cual en su escondite, con tan prodigioso arte que, a durar un instante más, la gentil colegiala hubiera caído al suelo desvanecida.

—Vete ahora al recreo. Pronto te avisaré dónde y cuándo nos reuniremos con Merche.

María Rosa salió, como sonámbula, de la clase y marchó al patio, donde las niñas corrían y gritaban, entregadas al juego.





L día siguiente la señorita Casero dijo, durante la clase de gramática... parda:

—Ya saben ustedes, señoritas alumnas, que se acerca el santo de la directora. Yo quiero que ustedes la hagan un obsequio. Será una sorpresa para ella. Pero como no es posible guardar un secreto entre tantas, pues además no habría medio de ocultar la sorpresa si todas nos ocultásemos para prepararla, y que será una labor de bordado que ya tengo elegida, he pensado sortear entre todas ustedes, a ver a cuáles dos de ustedes les toca confeccionar conmigo, en nombre de todas, esa labor. Las dos favorecidas por la suerte se vendrán algunas tardes a mi cuarto, para que no pueda sorprendernos la directora, si acaso entrara en clase de improviso, y allí trabajaremos las tres en dicha labor. Luego se sorteará quién

ha de ser la que el día del santo de la directora le haga la entrega de la labor en nombre de todas. Esta tarde, pues, en vez de ir al recreo ni a ninguna de las otras clases de la tarde—ya tengo permiso de la señorita Morales y de las demás profesoras—, las dos señoritas elegidas por la suerte se vendrán conmigo, a mi cuarto, hasta la hora de ir al refectorio. En estas dos bolsas están metidas tantas papeletas como alumnas son ustedes. Una cualquiera de ustedes sacará una papeleta de cada bolsa y las leerá en voz alta, para elegir las dos señoritas que han de compartir la labor. A ver, una cualquiera; usted, Teresín, saque una papeleta de la primera bolsa...

La niña señalada sacó una papeleta y leyó:

—¡Merche!

—Saque usted otra papeleta de la segunda bolsa.

Obedeció Teresín y leyó:

—¡María Rosa!

Y así fué como la profesora urdió la trama de la entrevista esperada. (En cada bolsa, todas las papeletas preparadas tenían aquellos dos nombres.)

* * *

Llegadas a la habitación de la señorita Casero, ésta hizo pasar a las niñas y se apresuró a cerrar la puerta con llave. En el ojo de la cerradura introdujo, cauta y previsora, un pegotito de cera.

Se volvió a las dos encantadoras muchachas; las echó un brazo por el cuello a cada una, y relumbrándole los ojos como dos ascuas, las obligó a unir sus bocas en un beso, conminándolas, ronca de emoción:

—¡Quereos!

En tanto ella maniobraba con frenesí y con aquella extraordinaria maestría que sabemos, entre los muslos de las dos colegialitas.

María Rosa, aun dentro de la excitación que lo incitante de aquella novedad pecaminosa y los manejos de la mano expertísima de la profesora la producían, andaba algo remisa y como acobardada en aquel escarceo preliminar. Pero Merche, que sin duda no era la primera vez que tomaba parte en la lubricidad de la tremenda escena que iba a seguirse, se mostró desde el primer momento poseída de un ardor magnífico, entregada a un verdadero frenesí de lujuria.

Cogida a María Rosa por la redonda y partida esfera de su trascrito, movía frenéticamente el vientre y las caderas, tal que una bayadera india, como en promesa de la ulterior entrega, y en su movimiento de rotación y de incrustación de su cuerpo en el de su compañera, apretaba entre los dos regazos la mano viciosísima de la profesora, ya poseída de satánica alegría...

Después de aquel preámbulo empezó la sesión, casi grotesca en su increíble refinamiento, preparada con esmero y glotonería sáfica por la Casero.



Alzó su faldita corta y...

Ocultó tras un biombo a Merche, en tanto ella entretenía con sabias caricias estimulantes, pero que no produjeron por completo el espasmo, a María Rosa.

A los pocos momentos Merche surgía de detrás del biombo vestida de muchacho, con pantalones cortos y blusa y una gorra de marinero. Estaba realmente preciosa la morena chiquilla. Los senos se insinuaban procazmente bajo la marinera, por cuyo escote en pico se iniciaba el canal que los separaba. El pantaloncito corto, muy ceñido, dejaba al aire, sobre la media a medio muslo, un palmo de carne morenísima, satinada y prieta, y el opulento posterior y el vientre, con el leve abultamiento triangular de la entrepierna, se destacaban y acusaban provocativos bajo la estallante tela azul marino.

María Rosa, al contemplar a Merche en aquella equívoca apariencia de chico afeminado o de segunda tiple de revista en papel masculino, se quedó admirada de la belleza de su compañera, y recorría con los ojos todos sus encantos: las piernas gruesas y perfectas, bajo la media negra con la liga amarilla; los muslos magníficos, de niña plenamente mujer; el vientre, con el abultamiento del sexo; los pechos, prominentes, cuyas puntas se marcaban en la tela, y que casi asomaban en su mitad por el escote en pico; la garganta, redonda y como de marfil tostado; el rostro, luminoso y morenísimo, en que la boca era una granada entreabierta y los ojos dos luceros negrísimos; la naricilla, corta y aleteante, y el pelo de azabache.

—¡Mira, niño—dijo la señorita Casero—, qué golosina te he traído! Es para ti, para que la conquistes.

Merche adoptaba posturas hombrunas: se esparrancaba y metía las manos en los bolsillos del pantalón.

Se acercó a María Rosa, la enlazó por el cuello y sorbió en su boca besos de fuego y de miel.

Entretanto, la señorita se desnudaba apresuradamente. Cayó al suelo su traje femenino y apareció también vestida de hombre. Era talmente un caballero no mal parecido. Estaba mejor de físico con el indumento varonil que con sus prendas habituales de fémina.

Animaba a Merche, lúbrica y sáfica:

—¡Anda con ella, muchachito rico, gózala, que es tuya!

Y a María Rosa:

—¡Déjate gozar, nena bonita, por ese machito precioso! Desnúdalo, búscale sus encantos.

La vírgen, excitada ya, presa de la más viva lujuria, obedecía como hipnotizada. Ponía al descubierto, introduciendo ambas manos por el escote amplio, los dos senos estupendos de la morena, como dos cocos voluminosos, con los pezones oscuros, que se inclinaba a saborear, golosa; introducía luego la mano por la prieta pernera de

los calzones cortos, sin conseguir llegar a la meta de sus ansias... Por lo que pugnaba por destrozar la tela.

A su vez, el marinerito sobajeaba con delicia los dos pechos separados y puntiagudos de María Rosa, y ponía otras veces, levantándola el vestido, al aire sus muslos blancos, con blancura de nardo, rasgando batistas y puntillas íntimas y femeniles.

En tanto las dos muchachas, en pie, se estrechaban y se acariciaban con frenesí, sin que cesasen los labios de saborearse, la profesora iba desnudándolas poco a poco... Pronto fueron quedando en paños menores. Por el suelo se esparcían prendas de colegiala y de marinerito. Hasta que, al fin, cayeron a la vez, desprendidas de los hombros, sendas camisitas breves, hiperbólicas, en la parquedad de su tela.

Los dos desnudos maravillosos frente a frente.

El bronce vivo de Merche parecía más oscuro aún junto al marfil pálido de María Rosa. Los rizos abundantes y como la endrina del sexo de la morena hacían parecer más claros y como irisados de reflejos metálicos los de la caracola caoba de María Rosa.

Una y otra, enlazadas, se echaron en el lecho de la profesora, que, en pie, rodeándolas, atisbando todos los roces y conjunciones de los dos cuerpos, se agitaba convulsa, en torno de ellas, animándolas siempre, como un juez de campo, como caudillo de aquel singular combate.

Ella misma, como árbitro de un combate de púgiles que, en vez de separar a las dos contrincantes, facilitase su acoplamiento, solía echarles una mano, oportuna y experta, para acentuar el ardor de la lucha.

Cuando ésta alcanzó su ápice, y los vientres rodaban en rotación concéntrica, y los besos llovían sobre las bocas entreabiertas y voraces, la señorita Casero, con su traje varonil, se apartó un poco, y desabrochando los botones de la prenda masculina, se torturaba a sí misma en caricia solitaria, sin apartar los desorbitados ojos de aquel grupo de sobrehumana y diabólica belleza.

Un triple suspiro, como rugido de tres fierecillas en celo, siguió a los jadeos que llenaban la estancia...

EPÍLOGO



A labor que se preparaba para el santo de la directora (y que la señorita Casero realizaba sola, hurtando horas al sueño, para poder mantener la simulación de aquella triple tarea), adelantaba poco a poco.

La clase de gramática era siempre el aliciente para María Rosa y Merche, pues desde ella solían correr al cuarto de la profesora a *laborar* a su placer.

Rosarín, un poco abandonada por su amorcito, no se explicaba qué le sucedía a María Rosa. Y ésta no volvió a verse comprometida en peligros ni riesgos de ser expulsada del colegio.

Pensionado o internado de señoritas, en el que los padres de familia, confiados, no sospechan lo mucho que pueden aprender sus hijitas.

FIN

Compre usted

LA BELLEZA

Publicación mensual

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

UNA peseta